

El Palacio de Carlos V

Juan Manuel
Barrios Rozúa



Del proyecto para concluirlo a la condena romántica



patrimonio

El palacio de Carlos V, proyectado después de la visita que el emperador hizo a Granada en 1526, estaba lejos de haberse concluido cuando estalló la rebelión de las Alpujarras. Como las obras se pagaban con las exacciones a las que eran sometidos los moriscos, a partir de 1572 el programa arquitectónico entró en una etapa de penurias que ralentizaron los trabajos. La indiferencia de unos reyes definitivamente instalados en el centro de la península agravó la situación y las obras quedaron definitivamente interrumpidas en 1637, cuando debía empezarse a cubrir el edificio. Así, el palacio no sólo quedó inacabado, sino además inservible para cualquier finalidad por no ser más que un cascarón por el que las aguas pluviales corrían sin obstáculos.

El proyecto para concluirlo como Colegio Militar

Tras la ejecución del destronado Luis XVI, la monarquía española declaró la guerra a la Francia revolucionaria, de modo que a partir de 1793 España entraría en una espiral de guerras que dieron creciente importancia a la formación técnica de los militares y a la mejora de las fortificaciones. En 1793 la Alhambra fue inspeccionada por el coronel de ingenieros Domingo Belestá y el teniente de fragata y arquitecto de marina Antonio Bada. En sus informes señalaron que la ciudadela podía convertirse en un lugar inexpugnable -algo sorprendente dado el deterioro de las murallas y su concepción anticuada-, particularmente útil en caso de guerra civil, lo que muestra el temor a que España también pudiera ser contagiada por la revolución francesa. Además, Domingo Belestá elaboró un proyecto para la conclusión y reforma del palacio de Carlos V con el fin de convertirlo en un colegio militar, tarea para la cual contó con algunos dibujos realizados al efecto por el maestro de obras Tomás López el año anterior. Sin embargo, tanto el ingeniero como el arquitecto de marina tuvieron que marcharse a atender obras en otros puntos de España e incluso el proyecto elaborado se consideró extraviado durante unos años. La propuesta de Domingo Belestá era muy ambiciosa, pues no se limitaba a poner suelos y techar el edificio, sino que añadía en altura un nuevo cuerpo, aunque desde el exterior quedaría camuflado por los nuevos frontones de las portadas y una balaustrada con jarrones.

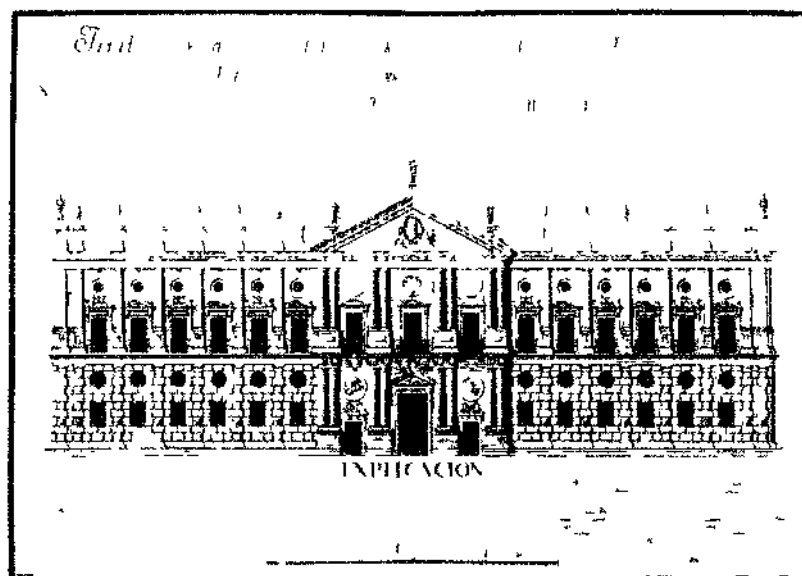
En marzo de 1798 el gobierno se planteó de nuevo la posibilidad de crear una escuela militar de ingenieros, y propuso tres posibles emplazamientos: el inacabado palacio de Carlos V en la Alhambra, el Alcázar de Toledo y el infrautilizado palacio arzobispal de Talavera de la Reina. De las tres opciones Granada se consideraba preferible por su rápida salida al mar. El modelo docente a seguir era la Real Academia Militar de Barcelona, que se estimaba había permitido grandes progresos en el campo de las matemáticas, tan imprescindible para la ingeniería. Además, la labor educativa permitiría a los jóvenes hacer frente «a los estímulos frecuentes de la más vil prostitución, del Juego, y de un cúmulo de otras vergonzosas pasiones». El plan de estudios daría importancia principal a las matemáticas y la «Arquitectura civil, militar e Hidráulica».

En mayo de aquel año se tomó la decisión de instalarla en Granada, pero «mientras dure la guerra actual», librada contra Inglaterra, no puede llevarse a cabo, diría el ingeniero general Juan Manuel Álvarez. Éste loaba las ventajas de la Alhambra, como la rápida salida al mar, una campiña adecuada para las prácticas militares y una ciudadela aislada que alejaba a los estudiantes de los vicios de la ciudad. Pero también le seducía la idea de concluir "un Palacio Magnífico y sobresaliente en Arquitectura", uno de "los mejores ornamentos de España".

El principal obstáculo para las obras era el económico. Se consultó al alcaide de la Alhambra y se valoraron los recursos de que disponía el real sitio, pues haría falta invertir 2,4 millones de reales para llevar a cabo el proyecto de Domingo Belestá, concebido para alojar entre 50 y 80 alumnos. La aportación económica más importante procedería del Soto de Roma, pero el producto de esta finca real sería de todas formas insuficiente y se planteó la posibilidad de poner en cultivo tierras incultas del real patrimonio en la zona, lo que podía incluir algunos espacios de los paseos y bosques de la Alhambra.

El colegio de Artillería de Segovia fue elegido como modelo de financiación. Sin embargo, la falta de recursos ralentizó la marcha del proyecto, pues se rechazó la posibilidad de insular la escuela sin tener previamente los fondos necesarios. Estábamos ya en plena desamortización de Godoy y para obtener el dinero necesario se planteó recurrir a las «pensiones sobre aquellas prebendas más pingües de algunas catedrales que no se hallen muy recargadas». También se pensó en los productos sobrantes del Alcázar de Sevilla, e incluso en cerrar las escuelas militares de Barcelona y Cádiz para destinar sus fondos a la de Granada.

Hubo que esperar hasta febrero de 1801 para que se presentara una memoria de lo que sería la «Escuela mili-



Proyecto de Domingo Belestá para un colegio militar





tar de Ingenieros y educación de oficiales del Ejército». Pero este documento que parecía ser un punto de partida fue en realidad el epitafio del proyecto, del que ya no se volvió a hablar.

Años de incertidumbres y deterioro

En 1800 se construyó en la plaza de los Aljibes de la Alhambra una plaza de toros de madera para recaudar con los espectáculos el dinero necesario para las obras de restauración de la Alhambra, cuyo secular deterioro se venía agravando. Para que las familias aristocráticas de la ciudad pudieran presenciar las corridas y fuegos artificiales sin mezclarse con la plebe, los balcones del palacio de Carlos V se alquilaron. Es incluso posible que su patio se utilizara como toril.

En vísperas de la ocupación de la ciudad por los franceses el viajero británico Robert Semple lo visitó e hizo una valoración ambivalente de la inacabada obra renacentista. Según él, la intención del edificio era "mostrar la gran superioridad de la arquitectura cristiana sobre la árabe" y, en efecto, "la ejecución es excelente por todas partes y el conjunto, si se hubiese finalizado, hubiese sido una residencia digna de un gran monarca, aunque colocado donde se encuentra y realizado con la pobre intención de insultar, si es que puedo decirlo así, al más bello monumento de antigua arquitectura árabe en Europa, perdemos toda noción de su belleza".

Tras la toma de la ciudad por los franceses, José Bonaparte entró en Granada en marzo de 1810 y realizó una visita a la Alhambra. Sorprendido por el deterioro de este sitio real, ordenó la restauración de las salas nazaríes y la conclusión del palacio de Carlos V de acuerdo con el primitivo proyecto, pero como éste no se conservaba es evidente que deberían hacerse nuevas trazas. El general Horace Sebastiani decidió encargarse personalmente de la dirección de las obras y se comprometió a enviar los planos al rey. Sin embargo, aunque se hicieron obras de restauración en la Casa Real, nada se hizo en el palacio carolino y ni siquiera llegó a elaborarse el proyecto de conclusión. Es más, las penurias de la guerra y posiblemente la propia marcha de Sebastiani llevaron a que en lo más crudo del invierno los soldados encargados de custodiar el arsenal que se había instalado en el palacio arrancaran la carpintería de puertas y ventanas para hacer hogueras.

Al terminar la Guerra de la Independencia Fernando VII obsequió al duque de Wellington con el Soto de Roma, la finca más importante del real patrimonio que dependía de la administración de la Alhambra. Fue una nefasta decisión para la ciudadela, porque sus rentas su-

ponían uno de los escasos recursos disponibles para las obras de mantenimiento. Además, según Richard Ford, en aquellos días también se ofreció "este inmenso cascarón al Duque de Wellington, pensando tal vez que él lo terminase con el oro inglés, pero la gestión fracasó».

El palacio de Carlos V, que los franceses habían convertido en almacén de artillería, mantuvo la misma función con las tropas patriotas, que guardaron en él grandes cantidades de pólvora, balas y carbón piedra. Los jefes de artillería dispusieron del edificio de manera indebida y desoyeron todos los llamamientos del gobernador de la Alhambra para que lo abandonaran, dado que pertenecía al real patrimonio y no al ejército. Los vecinos también protestaron en distintas ocasiones porque suponía un peligro. La dejadez de las autoridades alhambrenas fue aliada de los militares y sólo cuando en 1827 llegó un gobierno más eficaz al recinto se empezaron a buscar alternativas para evacuar los explosivos. Se pensó en la fábrica del Fargue y en la hoy desaparecida ermita del Santo Sepulcro sita en los Rebitos, pero las gestiones fueron infructuosas, porque aquella estaba ya ocupada y ésta no la cedió la hermandad del santuario.

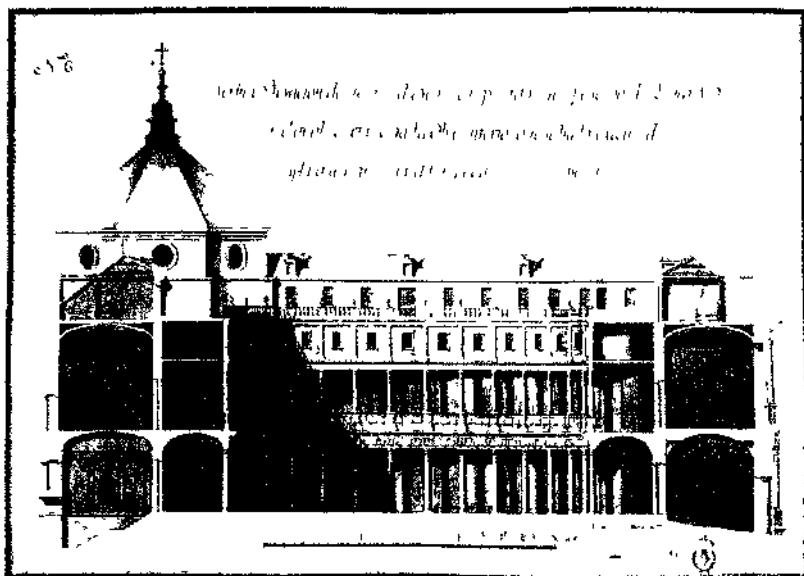
Cuando en febrero de 1828 un rayo provocó un grave incendio en la iglesia de San Nicolás, cundió la preocupación. El riesgo de que la Alhambra sufriera un siniestro similar al que tuvo la Acrópolis de Atenas, que vio saltar por los aires el polvorín turco establecido en el Partenón, no escapaba a nadie, y menos a los viajeros románticos: "El Palacio de Carlos V, aún se usa como polvorín; se encuentra sin pararrayos y la sola chispa de un rayo podría destruir los restos de este interesante edificio y probablemente toda la Alhambra", diría Samuel Edward Cook.

Pero no fue hasta enero de 1832 cuando se evacuó el palacio carolino. Los militares no habían invertido ni una moneda en obras de mantenimiento y sólo dejaron tres o cuatro puertas rotas y cuatro cañones franceses inservibles. Así, la primera visita a su interior desveló un panorama desolador que quedó reflejado en un pequeño informe elaborado por el gobernador y un subalterno: "Su estado es lastimoso en tanto grado, que sólo viéndolo puede formarse idea del deterioro que más bien puede llamarse destrucción". El patio principal "lo vimos cubierto de yerba en tanta abundancia y tan alta que se podía segar, causando sus raigambres rantas filtraciones en las bóvedas subterráneas que en todo el año había una continuada lluvia. Lo mismo sucede con el último cuerpo". Así, un edificio en tal estado es un milagro que no haya cedido desplomándose". Lo único que se hizo fue someterlo a una limpieza e intentar evitar algunas de las filtraciones, para a continuación destinar el patio a taller de la brigada de presidiarios que desde el año anterior trabajaba en las obras de la Alhambra.

En cuando a los elementos de bronce que ornaban las fachadas del palacio (los argollones y unas enormes manos ubicadas en las esquinas para acoger faroles), varios habían sido robados. El gobernador de la ciudadela había propuesto en 1821 vender estas piezas porque "de nada sirven", pero afortunadamente su propuesta no prosperó y quedaron guardadas en un almacén para que no hubiera más robos, aunque de los soportes para faroles nunca más se supo.

Los viajeros románticos y el palacio de Carlos V

La mayoría de los viajeros que hicieron el penoso trayecto hasta Granada desde luego no venían a ver una obra clásica, sino las exóticas construcciones musulmanas. De todas formas la presencia de uno de los más notables palacios del siglo XVI no podía pasar desapercibida. El palacio carolino despertó opiniones encontradas entre los visitantes. Los primeros viajeros del *Grand Tour*, educados en la veneración de la Antigüedad, habían sido más receptivos. Los posteriores a las guerras napoleónicas, im-



Sección del proyecto de colegio militar

buidos del espíritu romántico, se iban a mostrar por lo general refractarios.

Una de las acusaciones más frecuentes que sufría el palacio de Carlos V era que su construcción había implicado el derribo de una parte de la residencia real nazarí. El académico José de Hermosilla (1766) había elaborado un plano donde prolongaba las dependencias musulmanas bajo el edificio renacentista, presuponiendo la existencia de un patio gemelo al de los Leones y una fachada monumental. Este plano lo copió y divulgó en el extranjero James Cavanah Murphy (1803-1809), condicionando la opinión de los visitantes. Así, para Washington Irving (1829) el "magnífico" palacio renacentista tenía el pecado original de haberse construido sobre el solar de una "residencia de invierno, que fue demolida para dejar sirio a esta maciza mole". En su error el norteamericano cree que la fachada del palacio musulmán había desaparecido y sentencia que "con toda su imponente grandeza y mérito arquitectónico, miramos al palacio de Carlos V como un arrogante intruso y, pasando delante de él casi con un poco de desprecio, llamamos a la puerta musulmana".

Para Richard Ford (1831) "el inacabado palacio del austriaco es un insulto hacia la semidestruida mansión del Califa occidental". Lo peor, según él, es que «para levantar este palacio, que no pudo ver acabado, Carlos destruyó grandes porciones de lo que los moros habían terminado ya". El británico tiene un gusto tan exaltadamente romántico que este ejemplo de la más pura arquitectura renacentista sólo le merece juicios estéticos peyorativos, y le reprocha quedar descentrado respecto al edificio nazarí y su propia concepción: «El interior lo ocupa un desproporcionado patio circular dórico que, por muy bien que contribuyese a procurar una arena para las corridas de toros, destruye el módulo de todas las habitaciones inmediatas". De manera injusta señala que es el palacio de Carlos V "lo que admiran los españoles, y es hacia esta su construcción, y no hacia la Alhambra, que era la de los moros, a donde dirigen la atención del extranjero». En realidad la valoración del palacio musulmán era también muy grande en Granada y en Madrid, pero el abandono que sufría toda la Alhambra se explicaba por el marasmo económico que supuso la agonía del absolutismo y por la corrupción del gobernador Ignacio Montilla y su equipo de administradores.

Las opiniones peyorativas de los primeros viajeros románticos, en particular las de Washington Irving, iban a ser secundadas por muchos de los viajeros que llegaron en las dos décadas siguientes. Lady Grosvenor (1841) lamenta la destrucción del palacio de invierno para construir un palacio renacentista "justo al lado de la arquitectura satracena de la Alhambra". Otra británica, Isabella Frances Romer (1842), diría que el palacio "aunque podría ser una obra magnífica en cualquier otro lugar, apa-

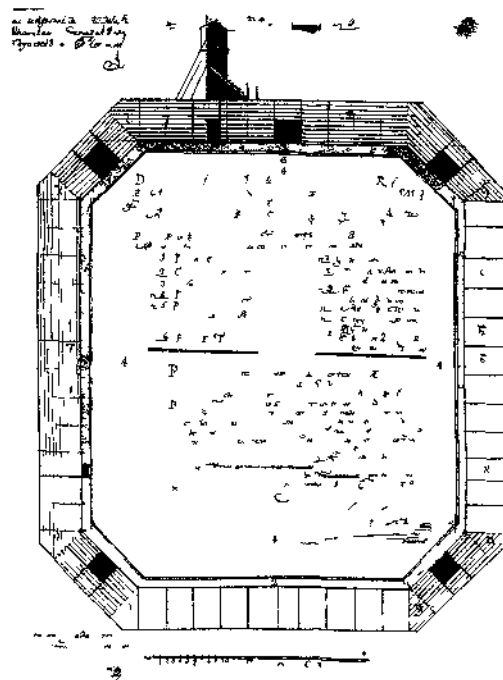
rece como odioso debido al sitio en el que se encuentra", cerrando la visión del patio de Comares con su mole, lo que da la razón a los que piensan que "fue construido sólo para romper la belleza de la residencia árabe».

Martín Haverty (1843) entró en las salas árabes sin pararse "a mirar la mole inacabada y molesta del palacio de Carlos V", aunque más adelante coincide con su compatriota Romer al señalar que «podría haber sido un edificio espléndido si se hubiese terminado, pero la pérdida del palacio árabe, al que reemplaza, siempre lo hará ser una monstruosidad para el viajero», todo "un monumento de extavagancia real y vandalismo". Más displicente se muestra William George Clark

(1849) al criticar "su planta estúpida y estafalaria" y la "continua repetición de su monótona decoración".

El escritor francés Théophile Gautier (1840) diría que sin duda es "un magnífico trozo de arquitectura; pero *non erat hic locus*" y lamenta que hubiera que destruir una parte de la Alhambra para encajar la "pesada masa" de este "gran monumento del Renacimiento que se admiraría en cualquier otra parte, pero que aquí se maldice".

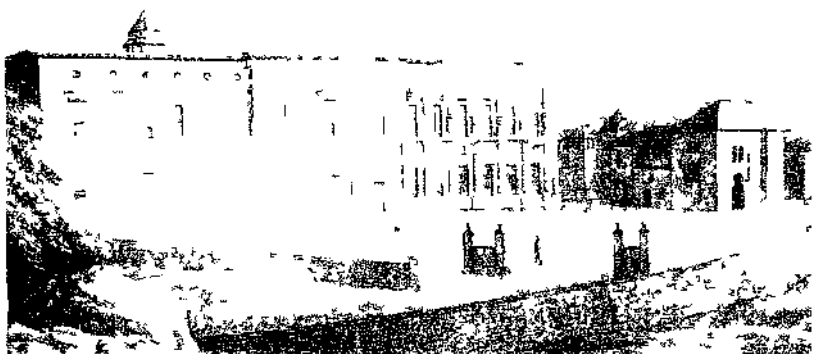
A los románticos españoles les preocupaba menos su ubicación y la presunta destrucción de un palacio de invierno, y muestran por el contrario un mayor apego al gusto clasicista. Desde *El Artista* (1835) lamentan que "no se hubiera conservado como merece una obra de tanto mérito", reflexión similar a la que se leería en el *Semanario Pintoresco Español* (1842), aunque también aquí se apunta que "esto no es lo que se viene a ver a la Alhambra", y Lafuente Alcántara (1843) reprocha "el abandono de un monumento, el más elegante de cuantos se fabricaron en España en la época del restablecimiento de las bellas artes". Sin embargo, y con buen criterio, los limitados recursos disponibles para la conservación de la Alhambra se destinaron a restaurar los palacios nazaries y las murallas que amenazaban con hundirse, pues, al fin y al cabo, la sólida fábrica del palacio carolino no daba problemas de estabilidad. •



La plaza de toros que se levanto en 1800 frente al palacio carolino

Nota:

Las noticias sobre el proyecto de restauración y las vicisitudes del palacio proceden en su mayoría del Archivo General de Palacio y en menor medida del Archivo Histórico de la Alhambra. Es imprescindible también el libro de Earl E. Rosenthal, *El palacio de Carlos V en Granada* (1988), el cual debe complementarse con las colaboraciones de Pedro Galera Andreu en los catálogos de las exposiciones *El palacio de Carlos V. Un siglo para la recuperación de un monumento* (1995) y *Carlos V y la Alhambra* (2000). Los testimonios de los viajeros extranjeros proceden de las traducciones de María Antonia López Burgos (varios tomos que ha publicado bajo el título *Granada, relatos de viajeros ingleses*) y de las ediciones en español de los libros de Irving, Ford y Gautier.



El palacio en 1827 según Estcourt.